

Tal es, en resumen, la naturaleza y necesidad de la mortificación, y también el modo práctico de hacerla con provecho. Todo ello se funda en la doctrina que hoy nos propone la Iglesia en la Epístola de San Pablo; pues dice el Apóstol que «si viviéremos según la carne, moriremos, y que si con el espíritu hiciéremos morir los hechos de la carne, viviremos. Viviremos para Dios, seremos sus hijos, y por consecuencia herederos de su reino, y coherederos de Jesucristo; porque si ahora padecemos con El, con El también seremos eternamente glorificados.

Esto es, amados míos, lo que os deseo con todo mi corazón; pues haciéndolo así, ya nos dice el Apóstol que «el mismo Espíritu de Dios dará testimonio á nuestro espíritu de que realmente somos hijos de Dios y herederos de su gloria». Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo IX después de Pentecostés.

Sobre el temor de Dios.

HERMANOS míos amadísimos: El gran Doctor de las gentes y Apóstol por antomasia, partiendo del principio de la necesidad de la mortificación, para obtener la salvación del alma, decía á los fieles de Corinto: «Hermanos, castigo mi cuerpo y le pongo en servidumbre (esto es, le sujeto á la obediencia que debe tener al espíritu, reprimiendo todos los movimientos que se levantan en él contra la razón); porque no acontezca, que habiendo predicado á otros me haga yo mismo digno de reprobación.» (I Corintios, IX, 27.)

Esto, que decía el Santo lleno de temor ante la posibilidad de pecar, es lo que la Iglesia nuestra Madre trata de inculcarnos en la presente Dominica, y al efecto hace que el Apóstol San Pablo continúe su argumento en la Epístola de este día, diciendo: «Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos debajo de la nube, y todos pasaron la mar, y todos fueron bautizados en ella y en la nube y en Moisés, y todos comieron una misma

vianda espiritual, y todos bebieron una misma bebida milagrosa (porque bebían de una piedra espiritual, que los iba siguiendo; y la piedra era Cristo). Mas de muchos de ellos Dios no se agradó; por lo cual fueron postrados en el desierto. Y estas cosas acontecieron en figura de nosotros, para que no seamos codiciosos de cosas malas, como ellos las codiciaron.» (I Cor., X, 1 á 7.)

He aquí, amados míos, el nuevo argumento que emplea el Apóstol para inspirarnos horror al pecado; quiere que caminemos en temor santo de Dios, como medio para conservar limpia y pura nuestra conciencia; y yo, haciéndome eco de sus inspiradas palabras, intento mostraros hoy dos cosas:

- 1.^a La naturaleza y necesidad del temor de Dios.
- 2.^a Las utilidades que proporciona.

PUNTO 1.^o

NATURALEZA Y NECESIDAD DEL TEMOR DE DIOS

El grande Apóstol San Pablo, cuya doctrina os predico para que á todos nos sirva de modelo, dijo á los fieles de Corinto: «Hermanos, me he hecho todo para todos, por salvar á todos, y hago esto para mejor propagar el Evangelio y recibir el premio en la eternidad (I Corint., IX, 22 y 23). Lo cual es como si les dijera: «De este modo, carísimos, habéis de procurar todos vuestra eterna salud, cada cual según su posibilidad y circunstancias; mas tened entendido—añade—(Verso 24) que «no todos los que corren en el Estadio consiguen el premio. Por mi parte corro por el camino del Evangelio, no de una manera incierta, sino castigando mi cuerpo hasta reducirle á servidumbre, no sea que después de predicar á otros, sea yo hecho digno de reprobación». (I Corint., IX, 27.)

Es decir, que el Apóstol, aun estando en pleno ejercicio de sus tareas apostólicas, por amor á Jesucristo y por la salvación del mundo, teme por sí mismo y encarga á los de Corinto que teman, diciéndoles: «Mirad, hermanos, que nuestros padres, después de la salida de Egipto, fueron todos cobijados bajo la nube misteriosa, y todos pasaron milagrosamente el Mar Rojo, y se alimentaron del maná que caía del cielo, y bebieron el agua espiritual que salía de la piedra, siendo la piedra Cristo, y sin embargo muchos de ellos no agradaron á Dios, y en castigo murieron en el desierto, siendo solamente dos los que consiguieron entrar en la tierra de promi-

sión. No olvidéis que todas estas cosas acaecieron en figura, para que nosotros no codiciemos las cosas malas, como ellos las codiciaron. ¡Hermosa lección para todos aquellos que viven descuidados en su espíritu y presumen salvarse!

Pues bien; si el grande Apóstol, vaso de elección y ardiendo en amor sagrado *temia* y encargaba á los demás que *temieran*, ¿qué hemos de hacer nosotros, pobres pecadores, que vivimos en un mundo corrompido, y como arrastrados por nuestras concupiscencias terrenas? ¿Quién no ve en esta doctrina de la Epístola de hoy la *necesidad* de estar siempre *temerosos*, no sea que, después de haber recibido aún mayores beneficios de Dios que los Israelitas, tengamos la desdicha de caer en pecado y de no entrar en la Patria prometida, que es el cielo? Si todo lo que hizo el Señor con los Israelitas, fué simbolo y figura de lo que había de hacer con nosotros, ¿con qué rigor seremos tratados por Dios, siendo incesantemente más favorecidos que ellos, y más ingratos, y más rebeldes, y más satánicos en nuestra vida y costumbres?

Preciso es, pues, que *temamos* ante la presencia divina todos, justos y pecadores, y que comprendamos bien la *necesidad* de *temer*, y la *utilidad* que dicho temor nos proporciona. «Venid todos, amados míos, os digo con David, *oid, que yo os enseñaré el temor de Dios.*» (*Venite, filii, audite me: timorem Domini docebo vos.* Psalmo XXXIII, 12.)

¿Qué es temer á Dios?—*Es una virtud por la cual el hombre teme ofender á Dios, ó teme porque le ha ofendido.* Ahora me concreto á lo primero, y os digo como Tobías á su hijo: «*Hijo mío, oye las palabras de mi boca, y asíéntalas en tu corazón como cimientito... Tendrás á Dios en tu mente todos los días de tu vida, y guárdate de consentir jamás en pecado, ni de quebrantar los mandamientos del Señor Dios nuestro* (1). ¡Qué palabras! ¡Y dichas por un padre á su hijo en la hora de su muerte! ¡Ojalá que así amonestaran á sus hijos todos los padres de nuestros días! ¡Ojalá que así lo entendieran los hijos y lo practicáramos todos! pues esto bastaría para que este valle de lágrimas se convirtiera en hermoso paraíso; porque es palabra divina que «*el temor de Dios es como un paraíso de bendición.*» (*Sicut Paradisus benedictionis.*—Eccles., XL, 28.)

Y no es maravilla, amados míos, que así suceda, porque también está escrito en las letras sagradas, que «*el temor de Dios es el*

(1) Omnibus diebus vitae tuae in mente habete Deum: et cave ne aliquando peccato consentias, et praetermittas praecepta Domini Dei nostrí. (Tob., IV, 6.)

principio de la sabiduría.» (*Initum sapientiae timor Domini.*—Psalmo CX, 9.) Y siendo los *hombres sabios*, y obrando como tales, ¿qué mayor felicidad puede haber en la tierra? Somos infelices, porque somos pecadores; y somos pecadores porque somos necios; y somos necios porque no hay en nosotros *temor de Dios*. «Asiéntese como cimientito en los *individuos*, en las familias, en las sociedades y en los Estados *el santo temor de Dios*, y se tendrá instantáneamente asegurado el orden, la paz, la tranquilidad y la dicha en los pobres corazones *humanos*. Somos infelices porque queremos; pues nadie ignora que *el temor de Dios es el principio de la sabiduría*, ó lo que es lo mismo, de la felicidad; puesto que, según observa Santo Tomás (2.^a 2.^{ae} q. 19, a. 7), *á la sabiduría pertenece el que la vida humana sea regulada por las razones divinas*, para lo cual es preciso, no sólo que el hombre crea las verdades reveladas por Dios, sino que *tema al mismo Dios y se someta á Él*.

No hay, pues, en el mundo mayor desdicha que ver desaparecer de las naciones y de los pueblos el temor de Dios; pues en cuanto á los individuos, dice el Espíritu Santo: «*Al Señor tu Dios temerás, y al Él solo servirás* (1); en cuanto á las familias, añade: «*Si no te mantuvieras firmemente en el temor del Señor, será presto arruinada tu casa* (2); y en cuanto á los pueblos, dice: «*Oye, pueblo necio, que no tienes corazón* (cordura ni entendimiento); *que teniendo ojos no veis; y teniendo orejas, no oís. Pues qué, ¿no me temeréis á mí, y á mi presencia no os arrepentiréis* (3)?

Es, por tanto, innegable que el temor de Dios es una necesidad imperiosa en todo el linaje humano, y en esta necesidad se fundaba el Apóstol para recordar á los fieles de Corinto, como leemos en nuestra Epístola, el temor de que se hallaba poseído su corazón, exhortándoles á vivir temerosos no sea que pecaran como sus padres, y no consiguieran entrar en la tierra de promisión, esto es, en el cielo. Veamos ahora algunas utilidades que proporciona á las almas el vivir siempre temerosas ante la triste posibilidad de ofender al Señor. Seré brevísimo.

(1) Dominum Deum tuum timebis, et illi soli servies. (Deuter., VI, 13.)

(2) Si non in timore Domini tenueris te instanter, cito subvertetur domus tua. (Eclesiástico, XXVII, 4.)

(3) Audi, popule stulte, qui non habes cor: qui habentes oculos non videtis: et aures et non auditis. Me ergo non timebitis, et a facie mea non dolebitis? (Jerem., V, 21.)

PUNTO 2.º

UTILIDADES DEL TEMOR DE DIOS

El santo rey David, divinamente inspirado, canta en uno de sus salmos que es en verdad feliz el hombre que teme á Dios. «*Bienaventurado—dice—el varón que teme al Señor; en sus mandamientos se complacerá mucho* (1).» *Beatus vir, qui timet Dominum.*

Le llama *Beato*, ó sea *Bienaventurado*, porque todos los bienes que puede desear el hombre, su deber, su dicha, su perfección y su fin, se encuentran en el *temor de Dios*; no ya por ser el *principio de la sabiduría*, como hemos probado antes, sino porque *temer á Dios y observar su ley es todo el hombre*. (*Hoc est omnis homo.*) (2). De donde infiere San Bernardo que si el temor de Dios es todo el hombre, sin dicho temor «*nada es el hombre* (3)». ¡Qué utilidad la del temor de Dios, que hace que el hombre sea hombre!

Pero añade á continuación el Real Profeta, que el que teme á Dios *se complacerá mucho en sus mandamientos*. (*In mandatis ejus volet nimis.*) Es decir, que tendrá una ardiente voluntad y deseo de cumplir perfectamente lo que el Señor mande; «*no ya* (expone San Crisóstomo) *por miedo del infierno, ni por las amenazas del castigo, ni por la promesa del cielo, sino por amor del que hizo los mandamientos*», por amor de Dios.

Es decir, que del temor se pasa al amor, y del apartamiento de lo malo á la ejecución de lo bueno; según aquella sentencia del Eclesiástico: «*El temor de Dios es el principio de su amor* (4).»

Con efecto así es; porque el hombre que teme á Dios está muy lejos de querer pecar, lejos de vulnerar la ley divina, lejos de la ambición, de la soberbia, de la avaricia, del odio al prójimo y de todo lo que pueda ser contrario á la voluntad de Dios; porque le impresiona y le cohibe el pensar que pierde la gloria y que cae en el infierno. Por eso, sin duda, el Espíritu Santo dijo: «*Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso* (5).»

Bienaventurado, sí, porque tiene un ojo puesto en el infierno y

(1) *Beatus vir, qui timet Dominum: in mandatis ejus volet nimis.* (Psal. CXI.)

(2) *Deum time, et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo.* (Eccles., XII, 13.)

(3) *Ergo, absque hoc nihil est homo.* (S. Bern., Serm. 20 in Cant.)

(4) *Timor Dei initium dilectionis ejus.* (Eccles., XXV, 16.) Mas debe unírsele un principio de fe.

(5) *Beatus vir, qui semper est pavidus.* (Prov., XXI, 24.)

ótro en la gloria, y esto le contiene en sus concupiscencias: bienaventurado, porque el temor de la pena ahuyenta la culpa, ahuyentada la culpa viene la gracia y conservada la gracia recibe la gloria. Bienaventurado, porque la esperanza de la gloria engendra el amor, y donde obra el amor surge la dulzura, surge la felicidad, surge la complacencia en los mandatos divinos. (*In mandatis ejus volet nimis.*)

Nótese con cuánta sabiduría dice David: «*Volet*»—*Quiere*; porque el que teme á Dios, y le ama, y se complace en hacer lo bueno, cuando no puede realizarlo, bástale su buena voluntad, para ser premiado por Dios lo mismo que si lo realizara.—*Quiere—Volet*, y esto basta para granjearse gloria imperecedera.

Y añade el Santo la palabra «*Nimis*»—*Demasiado*; como diciendo: Propio es del hombre bueno querer obrar por amor de Dios más de lo que sus fuerzas alcanzan, y en ese caso frecuente, acontece que los que temen y aman al Señor, *son poderosos en su posteridad sobre la tierra*. (*Potens in terra erit semen ejus*), porque esta es la bendición que da el cielo al linaje de los justos.

Es, en suma, bienaventurado el hombre que teme á Dios, porque, como dijo Isaías y enseña la Iglesia, y repiten los Santos Padres y muestra la misma experiencia, *el temor del Señor constituye su tesoro* (1).

¿Qué tesoro es este? Oigamos la voz de Dios en las Sagradas Escrituras, y la voz de los Doctores de la Iglesia. Dicen así:

«*No te asustes, hijo mío—exclama Tobías;—es verdad que llevamos una vida pobre, pero seremos muy ricos si tememos á Dios.*» (IV, 23.)

«*Los que os temen, Señor, serán grandes en todo á vuestros ojos.*» (Judith, XVI, 19.) «*Dios prodiga su misericordia á los que le temen; su justicia se extiende de generación en generación.*» (Psal. CII, 17.) «*Cumple el Señor la voluntad de los que andan en su santo temor, oye sus oraciones y asegura su salvación.*» (Psal. CXLIV, 19.) «*¡Qué grandes son, Dios mío, los bienes que habéis reservado para los que os temen!* (2).»

Esto y muchísimo más dicen los libros sagrados; y por eso los Santos Padres, todos á una voz, recomiendan el temor del Señor con todo encarecimiento. Bástenos citar á San Juan Crisóstomo, quien en su Homilía XVII, *ad populum*, se expresa de esta manera:

(1) *Timor Domini, ipse est thesaurus ejus.* (Isai., XXXIII.)

(2) *Quam magna multitudo dulcedinis tuae, Domine, quam abscondisti timentibus te!* (Psal. XXX, 20.)

«El temor de Dios nos hace firmes é inquebrantables; proporciona tal regocijo, que nos hacemos como insensibles á todos los males; pues temiendo á Dios como merece, y confiando en El, se adquiere el principio de la dicha y el manantial de toda alegría.» ¿Es posible imaginar tesoro mayor en el mundo?

Tal es, amados hermanos míos, la naturaleza y necesidad del temor de Dios, y tales los grandiosos provechos que á todos nos proporciona. Notad qué amorosa se muestra hoy nuestra Santa Madre Iglesia, proponiéndonos á todos la *Epístola del temor sagrado*, y cuán persuasivo se ostenta en ella San Pablo, recordando á los de Corinto el ejemplo de sus padres en el desierto, de los cuales solamente dos entraron en la tierra prometida; y al mismo tiempo repárese cómo nos alecciona á nosotros, diciéndonos que aquello aconteció en figura, para que andemos siempre vigilantes y temerosos en la presencia divina, y jamás osemos cometer el menor pecado.

Concluyo, pues, diciéndoos con el meliflúo San Bernardo: «En verdad he aprendido que nada hay más eficaz para merecer la gracia, para retenerla y para recuperarla, que si en todo tiempo nos encontráremos delante de Dios, no con alta sabiduría mundana, sino con temor divino.» (Serm. 44, sup. Cant.)

Temamos á Dios y observemos sus mandamientos, porque esto es todo el hombre, y esto es lo que nos ha de dar paz y tranquilidad en la tierra y después la eterna ventura en el reino de los cielos. Amén.

HOMILIA 2.^a

Para el Domingo IX después de Pentecostés.

Sobre el temor de Dios. (Continuación.)

AMADOS hermanos míos: Después que el Apóstol San Pablo hubo enumerado á los fieles de Corinto los grandiosos beneficios que recibió de Dios el pueblo de Israel, y la ingratitud de este pueblo, por la cual fué severamente castigado, añade que

todo eso aconteció en figura del pueblo cristiano, para que escarmentemos en cabeza ajena, y andemos en santo temor, y no le imitemos en sus maldades.—¿Cuáles fueron éstas? El mismo Apóstol las declara en la Epístola de hoy, diciendo:

Hermanos: «No os hagáis idólatras como algunos de ellos lo fueron; pues se sentó el pueblo á comer y beber, y se levantaron á jugar.» (Esto es, á bailar y danzar, festejando el idolo del becerro que habían fabricado.)—No seamos impuros, como algunos de ellos lo fueron, y murieron en un día veinte y tres mil.—No tentemos á Cristo, como algunos de ellos le tentaron, y fueron muertos por las serpientes.—No murmuréis, como murmuraron algunos de ellos, y los mató el Exterminador.—Todas estas cosas les acontecian á ellos en figura; mas fueron escritas para escarmiento nuestro; y así, el que piensa que está en pie, mire y no caiga... Más fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados más allá de vuestras fuerzas; antes hará que saquéis provecho de la misma tentación para que podáis perseverar.» (I Corint., 7 á 13.)

Hermosísima lección es esta, amados míos, si queremos aprovecharla; bien quisiera detenerme en su explicacion, palabra por palabra, como ella reclama y nuestra utilidad exige; mas no siendo esto posible, me ceñiré á probaros que es preciso andar temerosos para no caer en las culpas mencionadas, pues no puede servirnos de excusa la violencia de las tentaciones. Dos, pues, serán los puntos de esta breve instruccion, á saber:

- 1.º Los motivos de nuestro temor.
- 2.º Que aun los varones santos deben temer.

PUNTO 1.º

MOTIVOS PARA TEMER Á DIOS

El gran Doctor de las gentes, divinamente inspirado, exhortó á los Filipenses, y con ellos á nosotros, diciendo que hemos de trabajar para obtener nuestra salvacion, *con temor y estremecimiento* (*Cum metu et tremore*); y en esto nos prueba de una manera evidente que nadie, mientras viva en este mundo, se ha de considerar completamente seguro; verdad luminosa y de gran provecho; pues es cosa cierta que la seguridad es madre de la negligencia, y la negligencia engendra la ruina.

Y porque nadie ignore que el temor ha de ser á Dios y no á los